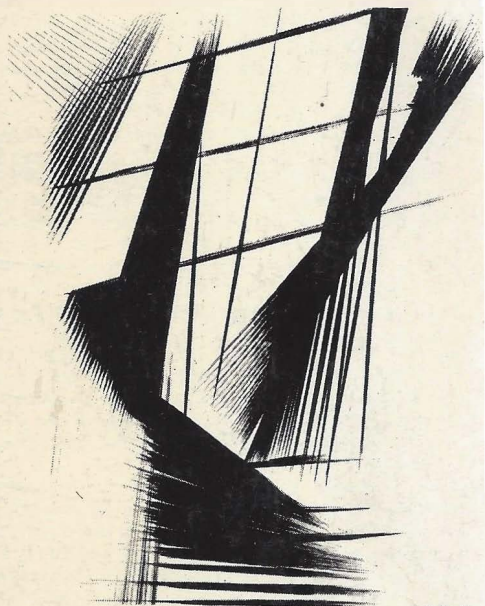


josé carlos mariátegui



II

FIGURAS  
Y ASPECTOS  
DE LA  
VIDA MUNDIAL

## LA HUELGA GENERAL EN INGLATERRA\*

Para comprender la magnitud de esta huelga general, que paraliza la actividad del país más potente del mundo, basta considerar la trascendencia del problema que la origina. No se trata de una mera cuestión de salarios. El proletariado británico lucha en apariencia contra la reducción de los salarios de los obreros de las minas de carbón; pero, en realidad, lucha por el establecimiento de un nuevo orden económico. El problema de los salarios no es sino una cara del problema de las minas de carbón. Lo que se discute fundamentalmente es la propiedad misma de las minas.

Los patronos pretenden que las condiciones de la industria no les permite mantener los salarios vigentes. Los obreros se niegan a aceptar la rebaja. Pero no se detienen en este rechazo. Puesto que los patronos se declaran incapaces para la gestión de la industria con los actuales salarios, los obreros proponen la nacionalización de las minas.

Esta fórmula no es de hoy. Los gremios mineros sostuvieron por ella en 1920 una huelga de tres meses. Les faltó entonces una solidaridad activa de los gremios ferroviarios y portuarios. Y esto les obligó a ceder por el momento. Mas al primer intento patronal de tocar los salarios, la reivindicación obrera ha resurgido. Hace varios meses el gobierno conservador evitó la huelga subsidiando a los industriales para que mantuvieran los salarios mientras se buscaba una so-

-----

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 8 de Mayo de 1926.

lución. El plazo se ha vencido sin que la solución haya sido encontrada. Y como patrones y obreros no han modificado en tanto su actitud, el conflicto ha sobrevenido inexorable. Esta vez está con los mineros todo el proletariado británico.

Presenciamos, en la huelga general inglesa, una de las más trascendentes batallas socialistas. Los verdaderos contendientes no son los patrones y los obreros de las minas británicas. Son la concepción liberal y la concepción socialista del Estado. Las fuerzas del socialismo se encuentran frente a frente de las fuerzas del capitalismo. El frente único se ha formado automáticamente en uno y otro campo. La práctica no consiente los mismos equívocos que la teoría. Los reproches a la política conservadora que acompañan la declaración no disminuyen el valor de ésta. Y en el frente obrero, luchan juntos reformistas y revolucionarios. Thomas y Cook, Mac Donald y Savlatkala.

Inglaterra es la tierra clásica del compromiso y de la transacción. Mas en esta cuestión de las minas el compromiso parece impracticable. En vano trabajan desde hace tiempo por encontrarlo los reformistas de uno y otro bando. Sus esfuerzos no producen sino una complicada fórmula de semiestadización de las minas, cuya ejecución nadie se decide a intentar hasta ahora.

El problema de las minas constituye el problema central de la economía y la política inglesas. Toda la economía de la Gran Bretaña reposa, como es bien sabido, sobre el carbón. Sin el carbón, el desarrollo industrial británico no habría sido posible. Cuando el **Labour Party** propone la nacionalización de las hulleras, plantea el problema de transformar radicalmente el régimen económico y político de Inglaterra. En un país agrícola como Rusia la lucha revolucionaria-

ria era, principalmente, una lucha por la socialización de la tierra. En un país industrial como Inglaterra la propiedad de la tierra tiene una importancia secundaria. La riqueza de la nación es su industria. La lucha revolucionaria se presenta, ante todo, como una lucha por la socialización del carbón.

El Estado liberal desde hace tiempo se ve constreñido a sucesivas y esporádicas concesiones al socialismo. Sus estadísticas han inventado el intervencionismo que no es sino la teorización del fatal retroceso de la idea liberal ante la idea colectivista. El período bélico requirió un empleo extenso del método intervencionista. Y, durante la post-guerra, no ha sido posible abandonarlo. El fascismo, que, en el plano económico, propugnaba un cierto liberalismo, incompatible desde luego con su concepto esencial del Estado, ha tenido que seguir en el poder una orientación intervencionista.

Pero el intervencionismo no es una política nueva. No es sino un expediente moderno de la vieja política demo-liberal. En Inglaterra, por ejemplo, ha podido hacer meses postergar el conflicto minero, pero no ha podido resolver la cuestión que lo engendra. El Estado liberal se queda inevitablemente en estas cosas a mitad de camino.

Los hombres de Estado de la burguesía inglesa saben que la única solución definitiva del problema es la nacionalización de las minas. Pero saben también que ésta es una solución socialista y, por ende, antiliberal. Y que el Estado burgués ha renegado ya una gran parte de su ideario, pero no puede renegarlo del todo, sin condenarse a sí mismo teórica y prácticamente.

Por esto ninguno de los proyectos de semiestadización de las minas ha prosperado. Han

tenido todos el defecto original de su hibridismo. Los han rechazado, de una parte, en nombre de la doctrina liberal y, de otra parte, en nombre de la doctrina socialista. Y, sobre todo, a consecuencia de su propia deformidad, se han mostrado inaplicables.

El gobierno conservador de Baldwin, que cuando, en la necesidad de evitar la huelga, concedió a la industria un subsidio, se manifestó intervencionista, representa en la lucha presente la concepción del Estado liberal. (Conservantismo y liberalismo son términos que designan actualmente en Inglaterra dos tonalidades, dos caras de un mismo régimen). Hace algunos meses su intervencionismo, denunciado como una abdicación ante la amenaza obrera, detuvo la huelga. Ahora su abstencionismo, esto es su liberalismo, la ha dejado producirse.

No hagamos predicciones. El desarrollo de la batalla puede ser superior al que son capaces de prever los cálculos de probabilidades. Lo único evidente hasta ahora para un criterio objetivo es que se ha empeñado en Inglaterra una formidable batalla política y que sus resultados pueden comprometer definitivamente el destino de la democracia. Los ingleses tienen una aptitud inagotable para la transacción. Pero esta vez la mejor de las transacciones sería para el régimen capitalista una tremenda derrota.

Sólo la imposición cruda y neta de sus puntos de vista podría contener la oleada proletaria.

## DESPUES DE LA MUERTE DE DZERJINSKY\*

La muerte de Dzerjinsky ha abierto otro claro en el estado mayor de la Revolución Rusa. Los soviets han perdido uno de sus mejores funcionarios; la revolución uno de sus más heroicos combatientes. Dzerjinsky pertenecía a la vieja guardia del bolchevismo. A esa vieja guardia que conoció la derrota en 1905, la cárcel y el destierro en todos sus largos y duros años de conspiración y la victoria de 1917. Y que, entonces, justamente, empezó a vivir sus días más dramáticos, más agónicos, más exaltados.

Como la mayor parte de los hombres de la vieja guardia, Dzerjinski, era un revolucionario nato. Su biografía hasta octubre de 1917, es absolutamente la biografía de un agitador. A la edad de 17 años, estudiante de retórica en el colegio de Vilna, se enrola en el socialismo y se consagra a su propaganda. Tres años después dirige en Kovno las grandes huelgas de 1879, señalándose desde entonces a la policía zarista como un agitador peligroso. Deportado de Kovno, Dzerjinski, se dedica a la organización del partido social-democrático en Varsovia, actividad que le cuesta primero la prisión, luego la deportación a Siberia. Escapa a esta última pena refugiándose en Alemania. El año trágico de 1905, lo encuentra en Varsovia en un puesto directivo de la social-democracia polaca. Condenado nuevamente al exilio de Siberia, Dzerjinski logra fugar por segunda vez, pero regresa a su trabajo revolucionario en 1912 y la policía zarista cae implacable sobre él. La revolución de Kerenski, le abre finalmente, en 1917, las puertas de la prisión. Y

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 21 de Agosto de 1926.

Dzerjinski, vuelve a su puesto de combate. Participa activa y principalmente en la revolución bolchevique, como miembro del Comité Militar Revolucionario, en primera fila en la responsabilidad y riesgo.

En el Gobierno revolucionario, su tarea es, como siempre, una de las más penosas. Le toca presidir la Cheka, tan mal afamada por su dura función de tribunal revolucionario. En 1919, es nombrado además ministro del interior. La revolución, atacada en múltiples frentes, debe defenderse por todos los medios. Dzerjinsky lo sabe. Y asume la responsabilidad histórica de la tremenda batalla. La contrarrevolución es al fin vencida. La Cheka es reemplazada por la G.P.U. Pero Dzerjinsky no está hecho para el reposo. Se le encarga el Ministerio de Vías de Comunicación. Rusia necesita regularizar sus desordenados transportes. Sólo la terrible energía de Dzerjinsky es capaz de conseguirlo. Y, en efecto, los trenes al poco tiempo marchan normalmente. En fin, cuando Rykoff es llamado a la presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo, Dzerjinsky lo reemplaza en la presidencia del Consejo Nacional de Economía.

En este puesto, entregado a la labor gigantesca de disciplinar y reorganizar la economía rusa, lo ha sorprendido la muerte. Dzerjinsky ha dado a la revolución, hasta su último instante, su energía y su potencia formidables de organizador.

No era un teórico sino un práctico del marxismo. No deja obra teórica. Encontró siempre, claro y neto, su camino. No tuvo tiempo sino para la acción. Le faltaban dotes de **leader**, de caudillo. Pero Dzerjinsky no ambicionó nunca más de lo que debía ambicionar. Tenía el genio de la organización; no de la creación. Aunque parezca paradójico, es lo cierto que este agente de la revolución, que pasó la mayor parte de su vida en-

tre el complot, la prisión y el destierro, era fundamentalmente un agente del orden.

La mayor parte de los hombres aceptan probablemente como la imagen verdadera de Dzerjinsky, la fosca imagen del jefe de la Cheka inventada por las leyendas del cable. Pero ésta es, seguramente, la menos real de todas sus obras. Dzerjinsky, según el testimonio de los extranjeros que lo visitaron y conocieron en su despacho de Moscú, daba una impresión de asceta. Era, físicamente, un monje magro, dulce y triste. Herriot, en su libro **La Rusia Nueva**, lo llama el Saint Just eslavo. Nos habla de su aire de asceta, de su figura de ícono. De su cuarto sin calefacción, desnudo y humilde como una celda, cuyo acceso no defendía ningún soldado.

Después de su muerte el cable anuncia cotidianamente la reacción y el desorden en Rusia. Se ha vivido tanto tiempo con la idea de que este frío eslavo, tenía a Rusia en un puño que, apenas se le ha sabido muerto, la esperanza de los enemigos de la revolución ha renacido. Las polémicas, los debates internos del partido bolchevique, tan antiguos como el partido mismo, son presentados como las primeras escaramuzas de una sangrienta guerra civil. Quebrada la última esperanza de contrarrevolución, toda la esperanza del capitalismo occidental está en la posibilidad de un cisma del bolchevismo.

Este cisma, claro está, no es teórica ni prácticamente imposible. Pero sí improbable. El mismo alcance se atribuyó después de la muerte de Lenin al disenso entre el directorio del partido y Trotsky. Se dijo entonces que Trotsky había sido aprehendido y deportado. Que una parte del ejército rojo se había sublevado a su favor. Todo, invención absurda. Meses después, Trotsky, no obstante su oposición a la mayoría del directorio, regresaba a ocupar disciplinadamente su puesto en el gobierno de Rusia.



EUGENIO V. DEBS  
(A Waldo Frank)

Eugenio V. Debs, el viejo Gene, como lo llamaban sus camaradas norteamericanos, tuvo el alto destino de trabajar por el socialismo en el país donde más vigoroso y próspero es el capitalismo y donde, por consiguiente, más sólidas y vitales se presentan sus instituciones y sus tesis. Su nombre llena un capítulo entero del socialismo norteamericano, que contra lo que creen, probablemente, muchos, no ha carecido de figuras heroicas. Daniel de León, marxista brillante y agudo que dirigió durante varios años el Socialist Labour Party y John Reed, militante de gran envergadura, que acompañó a Lenin en las primeras jornadas de la revolución rusa y de la Primera Internacional, comparten con Eugenio Debs la cara y sombría gloria de haber sembrado la semilla de la revolución en los Estados Unidos.

Menos célebre que Henry Ford cuya fama pregonan en el mundo millones de automóviles y **affiches**, Eugenio Debs, de quien el cable nos ha hablado en ocasión de su muerte como de una figura "pintoresca", era un representante del verdadero espíritu, de la auténtica tradición norteamericana. La mentalidad y la obra del desnudo y modesto agitador socialista influyen en la historia de los Estados Unidos cien mil veces más que la obra y los millones del fabuloso fabricante de automóviles. Esto naturalmente no

-----

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de Octubre de 1926.

son capaces de comprenderlo quienes se imaginen que la civilización es sólo fenómeno material. Pero la historia de los pueblos no se preocupa, por fortuna, de la sordera y la miopía de esta gente.

Debs entró en la historia de los Estados Unidos en 1901, año en que fundó con otros líderes el partido socialista norteamericano. Dos años más tarde este partido votó por Debs para la presidencia de la República. Este no era por supuesto sino un voto romántico. El socialista norteamericano no miraba en las elecciones presidenciales sino una coyuntura de agitación y propaganda. El candidato venía a ser únicamente el líder de la campaña.

El partido socialista adoptó una táctica oportunista. Aspiraba a devenir el tercer partido de la política yanqui, en la cual, como se sabe, hasta las últimas elecciones no eran visibles sino dos campos, el republicano y el demócrata. Para realizar este propósito el partido transigió con el reformismo mediocre y burocrático de la Federación Americana del Trabajo, sometida al cacicazgo de Samuel Gompers. Esta orientación era la que correspondía a la mentalidad pequeño-burguesa de la mayoría del partido. Pero Debs, personalmente, se mostró siempre superior a ella.

Cuando la guerra mundial produjo en los Estados Unidos una crisis del socialismo, por la adhesión de una parte de sus elementos al programa de reorganización mundial en el nombre del cual Wilson arrojó a su pueblo a la contienda, Debs fue uno de los que sin vacilaciones ocupó su puesto de combate.

Por su propaganda anti-bélica, Debs, encarcelado y procesado como derrotista, resultó finalmente condenado a diez años de cárcel. Mientras la censura se lo permitió, Debs había impugnado la guerra y denunciado sus móviles por

medio de la prensa socialista. Más tarde había continuado su campaña en reuniones y comicios. Sus jueces encontraron motivo para aplicarle la ley del espionaje.

Desdeñoso y altivo, Debs no quiso defenderse- "Me es indiferente lo que se ha depuesto contra mí, —declaró al Tribunal—. No me preocupa el sustraerme a un veredicto desfavorable, así como no retiro ni una palabra de cuanto dije en Cantón (localidad de Ohio, donde pronunció el discurso pacifista que precedió a su arresto) aún cuando supiese que haciendo esto me salvaría de una condena a muerte. ¡El imputado no soy yo! Es la libertad de palabra. Delante del jurado están hoy las instituciones republicanas. El veredicto corresponde al porvenir".

El viejo agitador escuchó sin inmutarse la sentencia de sus jueces. De sus amigos presentes en la audiencia se despidió con estas palabras: "Decid a los camaradas que entro en la cárcel como ardiente revolucionario, la cabeza erguida, el espíritu intacto, el ánimo inconquistada".

En la prisión, Debs recibió honrosos testimonios de solidaridad de los hombres grandes y libres y de las masas proletarias de Europa. Interrogado una vez Bernard Shaw sobre las razones por las que se negaba a visitar Estados Unidos, respondió que en ese país el único sitio digno de él era el mismo en que se encontraba su amigo y correligionario Eugenio Debs: la cárcel. La prisión de Debs fue juzgada, por todas las conciencias honradas del mundo, como la mayor mancha del gobierno de Wilson.

En las elecciones de 1920, Eugenio Debs fue una vez más el candidato presidencial de los socialistas norteamericanos. Las fuerzas socialistas se encontraban quebrantadas y divididas por la crisis post-bélica que había acentuado el conflicto entre los partidarios de la reforma y

los fautores de la revolución. Sin embargo, el nombre de Debs, recogió en el país cerca de un millón de sufragios. Este millón de votantes, prácticamente no votaba. La lucha por la presidencia estaba limitada a Harding, candidato de los republicanos, y Cox, candidato de los demócratas. Los que votaban por Debs, protestaban contra el Estado capitalista. Votaban contra el presente, por el porvenir.

Amnistiado al fin, encontró Debs virtualmente concluida su misión. Los espíritus y las cosas habían sido mudados por la guerra. Se planteaba en Europa el problema de la revolución. En Estados Unidos se formaba una corriente comunista bajo un capitalismo todavía omnipotente. Había empezado un nuevo capítulo de la historia del mundo. Debs no estaba en tiempo de recomenzar. Era un sobreviviente de la vieja guardia. Su destino histórico había terminado con el heroico episodio de su prisión.

Pero esto no empequeñece la significación de Debs. Su destino no era el de un triunfador. Y él lo supo muy bien desde los lejanos y brumosos altos en que, consciente de su peso, lo aceptó con alegría. Abrazó el socialismo, la causa de Espartacus, en una época en que la estrella del capitalismo brillaba victoriosa y espléndida. No se vislumbraba el día de la revolución. Más aún, se le sabía muy remoto. Pero era necesario que hubiera quienes creyesen en él. Y Debs quiso ser uno de sus confesores, uno de sus asertores.

Para los cortesanos del éxito, una vida de tan heroica contextura, no tiene, tal vez, sentido. Eugenio Debs, no puede ser para ellos más que una figura "pintoresca" como hace pocos días lo llamó un corresponsal cualquiera. Pero el veredicto sobre estos hombres no lo pronuncian por fortuna los corresponsales y menos aún los corresponsales norteamericanos. Como ya lo dijo Debs, corresponde al porvenir.

## LA TRAGEDIA DE ITALIA\*

Hace un año, el fascismo tuvo razón para celebrar el tercer aniversario de la marcha a Roma con ánimo exultante y victorioso. El balance de su tercer año de dictadura se cerraba favorablemente. La secesión aventiniana estaba liquidada. La contra-ofensiva iniciada con el desafiante discurso pronunciado por Mussolini en la Cámara de Diputados el 3 de enero de ése año, había barrido a la oposición constitucional de las posiciones artificialmente mantenidas hasta entonces. El equívoco del régimen constitucional parlamentario había quedado cancelado y la constitución misma había sido adoptada a las necesidades del gobierno fascista.

Todo esto, le había costado al fascismo verdaderamente muy poco. Ni una huelga general, ni una agitación popular revolucionaria, habían respondido a la represión fascista. Al renunciar a estas armas en los dramáticos meses que siguieron al asesinato de Matteotti y preferir el camino de la protesta parlamentaria y de las negociaciones clandestinas con la monarquía, la oposición constitucional se había invalidado para resistir revolucionariamente el ataque ilegal del poder.

No es el mismo el cuadro de Italia en el cuarto aniversario de la dictadura mussoliniana. Cuatro atentados contra la vida de Mussolini, señalan el grado de exasperación de sus enemigos. Los cuatro atentados corresponden a este período de derogación de toda libertad, durante el

---

\* Publicado en **Varietades**, Lima, 13 de Noviembre de 1926.

cual el fascismo cree haber consolidado indefinidamente su dominio. Son el síntoma de la tensión de la atmósfera política y espiritual creada en Italia por los métodos de Mussolini y sus escuadras de "camisas negras".

El atentado individual contra reyes o ministros estaba reservado en Europa, hasta hace poco tiempo, al anarquismo terrorista. Ningún partido, ninguna secta política podía racionalmente aceptarlo, ni aún por excepción, en su táctica o su praxis. El socialismo, sobre todo, —que concibe la revolución como acción de masas, como movimiento esencialmente multitudinario, colectivo—, repudiaba y condenaba la violencia individual, imponiendo, a su adeptos una disciplina y una ideología que la excluía absolutamente como arma de combate.

Hay que pensar, por consiguiente, que tienen que haber cambiado de un modo demasiado radical los principios de la vida política italiana para que Italia vuelva a la edad sombría de los complots y de las represalias terroristas.

Ninguno de los partidos adversos a Mussolini es evidentemente responsable de estos atentados. La muerte de Mussolini no beneficiaría a ninguno. Desencadenaría un caos en igual forma peligroso para todos, durante el cual, a menos que sobreviniese rápidamente una acción militar, reinaría anárquica y truculentamente en Italia la violencia del "fascio".

Pero los partidos han sido prácticamente -y ahora formalmente- disueltos por el gobierno fascista, de suerte que junto con su organización está aniquilada su disciplina. Los líderes no están en grado de controlar la acción de los gregarios. El gobierno los ha privado de todo medio de moverse legalmente.

Las explosiones esporádicas de violencia individual resultan por ende inevitables, a pesar

## EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN EL JAPON\*

Poco nos interesamos en Sud América por el Oriente y su nueva historia. Ya he tenido oportunidad de observado a propósito de la China. Ahora debo repetirlo a propósito del Japón. El Perú que, por su proceso histórico y su situación geográfica, ha recibido sucesivos contingentes de inmigración amarilla, necesita particularmente, sin embargo, conocer mejor lo que en Europa se llama el Extremo Oriente. El Japón moderno, sobre todo, reclama nuestra atención, porque nos ofrece el ejemplo de un pueblo capaz de asimilar plenamente la civilización occidental sin perder su propio carácter ni abdicar su propio espíritu.

El Japón —según Felicien Challaye, uno de los hombres de estudio europeos que más dominan y entienden sus problemas— "se ha europeizado para resistir mejor a Europa y para continuar siendo japonés". Este concepto es exacto, como juicio sobre la evolución del Japón de la feudalidad al capitalismo. El verdadero espíritu nacional, en el Japón como en los demás pueblos orientales en los que se ha operado análoga europeización, ha estado representado no por los impotentes y románticos hierofantes de la tradición, sino por los elementos dinámicos y progresistas que la han enriquecido y renovado con la experiencia occidental.

La revolución liberal y burguesa en el Japón

-----

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 8 de enero de 1927.

se inspiró en las ideas y los hechos de Occidente. Para salir de la incomunicación en que había querido mantenerse hasta la mitad del siglo diecinueve, el Japón tuvo que abandonar a la vez que su voluntario enclaustramiento, sus envejecidas y anquilosadas instituciones. El viejo régimen resultó incompatible con el trato de las naciones occidentales. Y el Japón comprendió que, mientras no podía renunciar al comercio y la relación con el Occidente sin peligro de ser conquistado marcialmente por sus naciones de presa, podía muy bien renunciar a las formas políticas y sociales que estorbaban su desarrollo.

Abatida la feudalidad por la revolución de 1868, el Japón entró en una edad de activo crecimiento capitalista. Durante los últimos decenios del siglo diecinueve, la formación de la gran industria transformó radicalmente la estructura de la economía y la sociedad japonesas. Es notoria la rapidez con que se ha cumplido en el Japón este proceso de industrialización que lo ha convertido en una gran potencia en sólo cincuenta años. El Japón era, antes de su revolución, un pueblo de campesinos, artesanos y comerciantes -en lo que concierne a la composición de su clase productora-. El proceso del desarrollo del capitalismo y el industrialismo ha mudado totalmente su panorama social. La gran industria ha creado un numeroso proletariado industrial, en el cual prontamente han prendido las ideas socialistas.

El acontecimiento sustantivo de la historia del Japón moderno es el surgimiento o la aparición del socialismo que, del mismo modo que en otra época el capitalismo, no se presenta en ese país como la arbitraria importación de una doctrina exótica sino como una expresión natural y una etapa lógica de su propia evolución



histórica. El socialismo, en el Japón, como en todas partes, ha nacido en las fábricas.

Sus primeros intérpretes han sido intelectuales. Si se recuerda que los intelectuales fueron también los primeros profetas y agentes de la revolución liberal y burguesa de 1868, se constata que la "inteligencia" japonesa acusa una especial sensibilidad histórica. No se comporta, académicamente, como una guardia pasiva de la tradición y del orden, sino, creadoramente, como una avanzada vigilante y alerta de reforma y progreso. La cátedra universitaria ha sido una de las tribunas del socialismo en el Japón. A un catedrático, el doctor Fukuda, de la Universidad de Keio, le debe el Japón la traducción de las obras de Karl Marx y a dos escritores, Sakai Yoshihiko y Yamkawa Nitoshi, un libro de 1,500 páginas, fruto de diez años de trabajo, sobre la vida del profeta del socialismo moderno. (Don Miguel de Unamuno, refiriéndose a algunas apreciaciones mías sobre su juicio del marxismo en su libro **La Agonía del Cristianismo**, me escribe precisándolo y aclarándolo: "Si, en Marx había un profeta: no era un profesor").

Pero los actores primarios, los creadores sustantivos del socialismo japonés no han pertenecido naturalmente al tipo del intelectual de gabinete. Han sido hombres de acción que a una inteligencia lúcida han unido un carácter heroico. Los mayores líderes del socialismo japonés, Sakai, Kotoku y Katayama - figuras mundiales los tres- no pueden ser catalogados como simples intelectuales. Su relieve histórico depende de su contextura de héroes y apóstoles.

Sakai, escritor vigoroso, de sólida cultura marxista, fue hasta su muerte en 1923, el jefe reconocido del socialismo japonés. Escribió, entre otros libros, una **Historia del Japón** en que, como en toda su obra, aplicó el método del ma-

terialismo histórico a la interpretación de los problemas y hechos de su país. En 1923, cuando la oleada reaccionaria aprovechó en el Japón del terremoto de Tokio y Yokohama para atacar brutalmente al movimiento socialista, Sakai murió asesinado por agentes de la policía. (La misma suerte sufrieron el sindicalista Osugi y su familia).

Kotoku representó en la historia del socialismo japonés el espíritu y la doctrina kropotkinianos. Traductor de libros de Kropotkin, se pronunció por su comunismo anárquico. Sin embargo, con seguro instinto de la situación, trabajó mancomunadamente con Sakai. Ambos líderes expusieron sus ideas primero en el "Yorozho Choho" y después en el "Heimin Shimbun". Acusado en 1910 de complotar contra la vida del Emperador, fue condenado a muerte con veinticuatro procesados más. Su ejecución provocó enérgica protesta en Occidente. Todos los partidos socialistas, todas las federaciones obreras, todas las conciencias libres del mundo, condenaron a los jueces de Kotoku.

Katayama, antiguo y valiente propagandista y organizador, de larga actuación sindicalista, figura desde la guerra ruso-japonesa en la escena internacional. La corriente revolucionaria lo reconoce como su fiduciario, mientras la corriente reformista obedece como jefe a Bundzi-Sudzuki.

La gran industria no predomina aún en la economía japonesa. La mayoría de la población está compuesta hasta ahora de campesinos, artesanos y pescadores. Pero la industria, acrecentada e impulsada por la guerra, imprime su fisonomía y su carácter a la urbe, hogar y crisol de la conciencia nacional. El proletariado industrial, ya en gran parte organizado, es en el Japón la fuerza del porvenir. Por otra parte, la concentración de la propiedad agraria, antes

completamente fraccionada, está formando un proletariado rural, en el que se propaga gradualmente un sentimiento clasista.

El socialismo, finalmente, recluta gran cantidad de adeptos en la juventud universitaria, en cuya mente la palabra de muchos maestros de verdad puso a tiempo su fecunda semilla.

## EL PROBLEMA DE LA CHINA\*

El pueblo chino se encuentra en una de las más rudas jornadas de su epopeya revolucionaria. El ejército del gobierno revolucionario de Cantón amenaza Shanghai, o sea la ciudadela del imperialismo extranjero y, en particular, del imperialismo británico. La Gran Bretaña se apercibe para el combate, organizando un desembarque militar en Shanghai, con el objeto, según su lenguaje oficial, de defender la vida y la propiedad de los súbditos británicos. Y, señalando el peligro de una victoria decisiva de los cantoneses, denunciados como bolcheviques, se esfuerza por movilizar contra la China revolucionaria y nacionalista a todas las "grandes potencias".

El peligro, por supuesto, no existe sino para los imperialismos que se disputan o se reparten el dominio económico de la China. El gobierno de Cantón no reivindica más que la soberanía de los chinos en su propio país. No lo mueve ningún plan de conquista ni de ataque a otros pueblos. No lo empuja, como pretenden hacer creer sus adversarios, un enconado propósito de venganza contra el Occidente y su civilización. Es en la escuela de la civilización occidental donde la nueva China ha aprendido a ser fuerte. El pueblo chino lucha, simplemente, por su independencia. Después de un largo período de colapso moral, ha recobrado la conciencia de sus derechos y de sus destinos. Y por consiguiente, ha decidido repudiar y denunciar los tratados

---

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 12 de Febrero de 1927

que en otro tiempo le fueron impuestos, bajo la amenaza de los cañones, por las potencias de Occidente. Una monarquía claudicante y débil suscribió esos pactos. Hoy, establecido y consolidado en Cantón un gobierno popular que ejerce una soberanía efectiva sobre más o menos cien millones de chinos, —y que gradualmente ensancha el radio de esta soberanía—, los tratados humillantes y vejatorios que imponen a la China tarifas aduaneras contrarias a su interés y sustraen a los extranjeros a la jurisdicción de sus jueces y sus leyes, no pueden ser tolerados por más tiempo.

Estas reivindicaciones son las que el imperialismo occidental considera o califica como bolcheviques y subversivas. Pero lo que ningún imperialismo puede disimular ni mistificar es su carácter de reivindicaciones específica y fundamentalmente chinas. Todos saben en el mundo, por mucho que hayan turbado su visión las mendaces noticias difundidas por las agencias imperialistas, que el gobierno de Cantón tiene su origen no en la revolución rusa de 1917 sino en la revolución china de 1912 que derribó a una monarquía abdicante y parálitica e instauró, en su lugar, una república constitucional. Que el líder de esa revolución, Sun Yat Sen, fue hasta su muerte, hace dos años, el jefe del gobierno cantonés. Y que el **Kuo-Min-Tang** (Kuo: nación, Min: pueblo, Tang: partido), propugna y sostiene los principios de Sun Yat Sen, caudillo absolutamente chino, en quien la calumnia más irresponsable no podría descubrir un agente de la Internacional Comunista, ni nada parecido.

Si el imperialismo occidental, con la mira de mantener en la China un poder ilegítimo, no se hubiera interpuesto en el camino de la revolución movilizándolo contra esta las ambiciones de los caciques y generales reaccionarios, el nuevo

orden político y social, representado por el gobierno de Cantón, imperaría ya en todo el país. Sin la intervención de Inglaterra, del Japón y de los Estados Unidos, que, alternativa o simultáneamente, subsidian la insurrección ya de uno, ya de otro **tuchun**, la República China habría liquidado hace tiempo los residuos del viejo régimen y habría asentado, sobre firmes bases, un régimen de paz y de trabajo.

Se explica, por esto, el espíritu vivamente nacionalista -no antiextranjero- de la China revolucionaria. El capitalismo extranjero, en la China, como en todos los países coloniales, es un aliado de la reacción. Chang-Tso-Lin, el dictador de la Manchuria, típico **tuchun**; Tuan-Chi-Jui, representante en Pekin del partido **Anfu**, esto es de la vieja feudalidad; Wu-Pei-Fu, caudillo militar que adoptó en un tiempo una plataforma más o menos liberal y se reveló, luego, como un servidor del imperialismo norteamericano; todos los enemigos, conscientes o inconscientes, de la revolución china, habrían sido ya barridos definitivamente del poder, si las grandes potencias no los sostuvieran con su dinero y su auspicio.

Pero es tan fuerte el movimiento revolucionario que ninguna conjuración capitalista o militar, extranjera u nacional, puede atajarlo ni paralizarlo. El gobierno de Cantón reposa sobre un sólido cimiento popular. La agitación revolucionaria, —temporalmente detenida en el norte de la China por la victoria de las fuerzas aliadas de Chang-Tso-Lin y Wu-Pei-Fu sobre el general cristiano Feng-Yu-Siang—, toma cuerpo nuevamente. Feng-Yu-Siang está otra vez a la cabeza de un ejército popular que opera combinadamente con el ejército cantonés.

Con la política imperialista de la Gran Bretaña que, en defensa de los intereses del capita-

lismo occidental, se apresta a intervenir marcialmente en la China, se solidarizan, sin duda, todas las fuerzas conservadoras y regresivas del mundo. Con la China revolucionaria y resurrecta están todas las fuerzas progresistas y renovadoras, de cuyo prevalecimiento final espera el mundo nuevo la realización de sus ideales presentes.

## LA TOMA DE SHANGHAI\*

Con la ocupación de Shanghai por el ejército cantonés se abre una nueva etapa de la revolución china. El derrocamiento de la claudicante y asmática dinastía manchú, la constitución del gobierno nacionalista revolucionario de Cantón y la captura de Shanghai por las tropas de Chiang-Kai-Shek, son hasta hoy los tres acontecimientos sustantivos de esta revolución de cuya realidad y trascendencia sólo ahora parece darse cuenta el mundo. En los quince días transcurridos después de la caída de la monarquía, la revolución ha sufrido muchas derrotas y ha alcanzado muchas victorias. Pero entre éstas, ninguna ha conmovido e impresionado al mundo como la de Shanghai. La razón es que esta victoria no aparece ganada por la revolución sólo contra sus enemigos de la China sino, sobre todo, contra sus enemigos de Occidente.

La colaboración de las fuerzas reaccionarias de la China ha permitido durante mucho tiempo a Europa detener la revolución y la independencia chinas. Generales mercenarios como Chan-So-Lin y Wu-Pei-Fu han conservado en sus manos, al amparo de las potencias imperialistas, el dominio de la mayor parte de la China. Por la subsistencia de una economía feudal, el norte de la China se ha mantenido, salvo breves intervalos, bajo el despotismo de los **tuchuns**. El fenómeno revolucionario, en no pocos momentos, ha estado localizado en Cantón. Pero los revolucionarios chinos no han perdido nun-

---

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 2 de Abril de 1927.



ca el tiempo. Entrenados por la lucha misma han aprendido a asestar certeros golpes al imperialismo extranjero y a sus agentes y aliados de la China. El **Kuo-Min-Tang** se ha convertido en una formidable organización con un programa realista y con un arraigo profundo en las masas.

La toma de Shanghai es una victoria decisiva de la revolución. El desbande de las tropas reaccionarias ante el avance de Chiang-Kai-Shek, indica el grado de desmoralización de las fuerzas que en la China sirven al imperialismo. Y el hecho de que las potencias imperialistas parlamenten con los revolucionarios —aunque los amenacen intermitentemente con sus cañones— denuncia la impotencia del Occidente capitalista para imponer hoy su ley al pueblo chino, como en los tiempos en que la rebelión de los **boxers** provocó el envío de la expedición militar del general Waldersee.

La China monárquica y conservadora de los emperadores manchúes no era capaz de otra cosa que de capitular ante los cañones occidentales. Las grandes potencias la obligaron hace un cuarto de siglo a pagar los gastos de la invasión de su propio territorio con el pretexto del restablecimiento del orden y de la protección de las vidas y propiedades de los occidentales. No había humillación que rechazase por excesiva. La China revolucionaria, en cambio, se declara dueña de sus destinos. Al lenguaje insolente de los imperialismos occidentales responde con un lenguaje digno y firme. Su programa repudia todos los tratados que someten al pueblo chino al poder extranjero.

En otros tiempos, las potencias capitalistas habrían exigido a los chinos, con las armas en la mano, la ratificación humilde de esos tratados y el abandono inmediato de toda reivindica-

ción revisionista. Pero la posición de esas potencias en Oriente está profundamente socavada a consecuencia de la revolución rusa y en general de la crisis post-bélica. La Rusia zarista, ponía todo su poder al servicio de la opresión del Asia por los occidentales. Hoy la Rusia socialista sostiene las reivindicaciones del Asia contra todos sus opresores.

Se repite, en un escenario más vasto y con nuevos actores, el conflicto de hace cuatro años, entre la Gran Bretaña y el nacionalismo revolucionario turco. También entonces, después de proferir coléricas palabras de amenaza, la Gran Bretaña tuvo que resignarse a negociar con el gobierno de Angora. Se oponían a toda aventura guerrera la voluntad de sus Dominios y la conciencia del propio pueblo inglés.

Europa siente que su imperio en Oriente declina. Y sus hombres más iluminados comprenden que la libertad de Oriente significa la más legítima de las expansiones de Occidente: la de su pensamiento. La guerra contra la China no podría ser ya aceptada por la opinión pública de ningún país, por muy diestramente que la envenenasen la prensa y la diplomacia imperialistas.

Los revolucionarios chinos tienen franco el camino de Pekín. La conquista de la capital milenaria no encuentra ya obstáculos insalvables. Inglaterra, el Japón, Estados Unidos, no cesarán de conspirar contra la revolución, explotando la ambición y la venalidad de los jefes militares asequibles a sus sugerencias. Se advierte ya la intención de tentar a Chiang-Kai-Shek a quien el cable, tendenciosamente, presenta en conflicto con el **Kuo-Min-Tang**. Pero no es verosímil que Chiang-Kai-Shek caiga en el lazo. Hay que suponerle la altura necesaria para apreciar la di-

ferencia entre el rol histórico de un libertador y el de un traidor de su pueblo<sup>1</sup>.

Por lo pronto la revolución ha ganado con Shanghai una gran base material y moral. Hasta hace poco, Cantón, la ciudad de Sun-Yat-Sen, era su única gran fortaleza. Hoy Shanghai se agita bajo la sombra de sus banderas que lo transforman en uno de los mayores escenarios de la historia contemporánea.

Sobre Shanghai convergen las miradas más ansiosas del mundo. Unas llenas de temor y otras llenas de esperanza. Para todas, un episodio de la epopeya revolucionaria vale más que todos los episodios sincrónicos de la política capitalista.

-----  
1 Los sucesos posteriores, lamentablemente, demostraron que Chang-Kai Shek no supo situarse a la altura de su "rol histórico", prefiriendo el de "traidor de su pueblo" (N. de los E.)

## TROTSKY Y LA OPOSICION COMUNISTA\*

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por este contra la oposición trotskysta, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen sovieta a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 25 de Febrero de 1928. Revisado conforme al original que poseemos: el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o molificado algunos párrafos. (N. de los E.)

dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la consciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su

parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituado a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskysmo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de **Cours Nouveau**. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo, antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de

descanso en una estación climática. Y tomó a ocupar un puesto en la Administración

Mas la corriente opositora, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y social-democrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los kulaks.

Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky,

pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.